

## JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN

« Fernández Bremón — dice el P. Blanco. — parece ir olvidando sus aficiones y laureles de cuentista y lo es, no obstante, de tanta valía como otros más celebrados. Imitador de Dickens, más bien que de los alemanes, hay en él mucho de personal y típico. Como si estuviese en su propio elemento, vuela por los países ya ióbregos, ya encantadores de la ficción y son de ver la habilidad con que se sostiene en esas alturas, el interés que despiertan sus héroes y heroínas, la atrevida novedad de las situaciones y la característica belleza del conjunto »

## PENSAR Á VOCES

---

*A mi querido amigo Isidoro Fernández Flórez.*

### I.

Nunca podré olvidar á mi condiscípulo Juan Claro. Había sido un estudiante á la vez laborioso y pendenciero : taciturno hasta el extremo de huir la compañía de los compañeros de clase, y provocador, y de una sinceridad bárbara y ofensiva, cuando se reunía con nosotros. Le era imposible disimular los defectos que observaba en los demás, ni dejar sin correctivo sus errores ; pero siempre sus manos respondían de los insultos de su lengua, que le obligaron á medir sus fuerzas con todos los estudiantes capaces de vengar una ofensa á puñetazos.

Su predilección por mí no reconocía otra causa que la benevolencia con que toleraba su franqueza, insoportable para todos. Y era que algunas buenas cualidades de Juan, la sagacidad de sus observaciones, y la convicción de que mi amigo tenía en su propio carácter su adversario más cruel, y un impe-

dimento moral para vivir en sociedad pacíficamente, me hacían compadecerle y estimarle.

— Eres adulator é hipócrita, recuerdo que me dijo un día: te he visto sonreír en clase cuando el profesor contaba por vigésima vez el cuento de las naranjas, y no te puede hacer gracia lo que ese buen señor nos ha repetido tantas veces.

— Me hace sonreír, le contesté, la insistencia del profesor en contar ese cuento.

— No me engañas: tu risa hubiera sido en ese caso burlona, en vez de ser, como he observado, servilmente franca. Sacarás este año buena nota á fuerza de sonrisas.

— Te equivocas respecto de mi intención, repuse algo picado: celebro el cuento por bondad y no por adulación: nada me cuesta dar ese gusto al profesor, pues estoy acostumbrado á soportar tus claridades, que son mucho más molestas. Lo que juzgas en ti franqueza y lealtad de carácter, no es sino egoísmo é intolerancia; eres incapaz de callarte un pensamiento que ofenda á los demás.

— Eso que dices, replicó, prueba aún más tu hipocresía; te he tenido siempre por amigo, y ahora resulta que eres una víctima de mi mal genio y ocultabas tu sufrimiento: me has estado engañando, por miedo de una riña, ó por bajeza natural.

Y me volvió la espalda con desprecio.

Era su amigo más íntimo: le quería entrañablemente, y no pude menos de descargar mi bastón en sus espaldas: cayó sobre mí como una fiera, y ambos rodamos por el suelo con gran contentamiento de

nuestros condiscípulos, que nos rodearon frotándose las manos. Todos los estudiantes me animaban con sus voces: todos deseaban mi triunfo: ni uno sólo manifestó simpatías por Juan Claro. Cuando se trató de huir de los bedeles, me abrieron calle protegiendo mi fuga: mi adversario, en cambio, se vió detenido por la multitud de estudiantes agolpados, y fué hecho prisionero: su altivez con los bedeles le llevó á presencia del profesor: las respuestas que dió á éste le condujeron ante un consejo de disciplina, en el cual se excedió tanto en su lenguaje, que mereció ser expulsado de la Universidad.

— Agradéceme el sacrificio, me dijo, cuando todo estaba consumado: no puedes imaginarte lo que he tenido que luchar interiormente para no pronunciar tu nombre, que se me escapaba de los labios: hubiera dado cualquier cosa por haber podido delatarte sin vileza. En cambio he repetido al tribunal el cuento de las naranjas, he dicho lo que pienso sobre la escasa ilustración de mis jueces, y he tenido la satisfacción de revelar al Consejo la coquetería de las señoras de algunos profesores.

Yo le escuché asombrado como quien oye hablar á un loco.

Aun daré á conocer otro detalle de su carácter para que se le comprenda más á fondo.

Algunos años después íbamos en un ómnibus á San Isidro: en frente de nosotros había una linda joven acompañada de un señor de aspecto formidable: Juan los miraba alternativamente, y su semblante revelaba una lucha consigo mismo, que me

puso en algún recelo: la joven miraba á Juan con cierto agrado, y el desconocido atusaba con desconfianza su larguísimo bigote.

Juan le dijo de repente:

— Caballero, ¿ es su esposa de usted esta señora?

— ¡ A usted qué le importa! contestó el de los bigotes con voz de trueno.

— En realidad muy poco; pero no puedo resistir al maligno placer de advertirle que me está mirando hace rato con interés.

Todos nos quedamos asustados, en la convicción de que iba á suceder una catástrofe en aquel estrecho carruaje.

— ¡ Cochero! ¡ cochero! gritó el señor de los bigotes: ¡ pára! ¡ pára! Esto es insoportable.

Y haciendo descender á la señora, que con los ojos bajos y el semblante pálido salió tropezando, el ofendido caballero dijo á Juan al despedirse:

— ¡ Ahí le dejo mi tarjeta!

Juan entregó la suya, y los caballos prosiguieron su carrera.

El lance, por fortuna, no tuvo consecuencias: la tarjeta del desconocido sólo contenía estas palabras:

« Gran casa de préstamos: se da mayor cantidad que en otros establecimientos sobre toda clase de alhajas y ropas en buen uso. »

El hombre terrible era un pacífico industrial que aprovechaba la ocasión para hacer su propaganda.

Cuando le anunciaron la muerte de su padre, Juan Claro dijo en alta voz, delante de varias personas:

— Ya era tiempo.

Y después añadió con acento conmovido:

— Siento su muerte, ahora que no tiene remedio: los millones que me deja no llenan el vacío que su pérdida produce: sin embargo, consuelan esos millones. ¡ Vaya si consuelan! Creo que he ganado con su muerte; pero voy á soñar con su cadáver muchas noches, lo cual es fastidioso. Me quería mucho el pobre viejo. Soy un ingrato: hay en mí, pensamientos que á mi mismo me repugnan; y no obstante, son tan míos y aún más que los otros: ¡ sí! creo que vienen de fuera los buenos pensamientos.

Todos se alejaron de Juan horrorizados.

Nunca admitía en depósito secretos, confesándose incapaz de reservarlos.

— Pues yo necesito desahogar en ti uno que me estorba, le decía un amigo muy hablador.

Juan le contestó tapándole la boca:

— Comprendo tu situación y la necesidad en que te hallas: por eso no quiero encontrarme en el mismo caso. Soy un periódico humano; un cartel de anuncios. Guarda tu secreto.

— Entonces, repuso el hablador, te lo diré sin reserva alguna.

— Eso es otra cosa: divulguemos el secreto; no hay nada tan sabroso de contar como lo que debería estar callado.

Cuando Juan vió que se trataba del honor de una familia, exclamó dirigiéndose al hablador:

— Eres un miserable: voy á referir lo que me has contado al mismo que depositó en ti su confianza: los que no tenemos donde guardar un se-

creto, no debemos permitir que se nos digan.

— Señora, decía Juan en otra ocasión muy distinta, usted ha provocado la ruda sinceridad con que me expreso.

— ¡Yo! le contestaba la dama, ofendida en su dignidad.

— Sí, señora; no se le dice impunemente á un hombre ¡yo te amo!

— Usted está loco, caballero, replicaba la señora. ¿Cuándo le he dicho semejante cosa?

— Hace un momento, con los ojos; idioma el más sincero de todos los que usamos. Atrévase usted á negarlo, cerrando los labios y mirándome frente á frente.

Y como la señora sostuviese con frialdad sus miradas, Juan dijo levantándose:

— Miente usted, con toda su vista.

La dama se echó á reír y le dijo con bondad:

— Preciso es perdonarle sus ofensas, porque no tiene usted el juicio muy seguro. ¿Se puede mentir con los ojos?

— Es muy difícil, contestó Juan; pero no es posible fiarse en nada del que llega á conseguirlo; los de usted me parecerían el escenario de un teatro.... si no fueran tan pequeños.

Renuncio á describir la tempestad que estalló en aquel gabinete.

Juan Claro había tenido á los veinticinco años doce ó trece desafíos.

La última vez que le vi estaba vistiéndose para salir á la calle, y se enjuagaba la boca con ron,

lo cual me extrañó, porque detestaba la bebida.

— Concibo tu sorpresa, me dijo, y quiero, y no puedo menos de explicarte por qué prefiero este licor al agua odontálgica que usaba anteriormente. Has de saber que estoy medio asustado de mí mismo en vista del mal efecto que produzco en todas partes, y me enjuago con ron para que atribuyan á la bebida mis defectos.

Después supe que se había encerrado en una quinta inmediata á Madrid, aislada y en el campo. Aquel retiro, soportado con la mayor constancia en la fuerza de su juventud, y durante más de cinco años, tenía trazas de una monomanía irresistible.

Un día recibí la siguiente carta:

« Querido Luis: Voy á darte dos pruebas de confianza. La primera te proporcionará una molestia, pues necesito que me envíes un criado de buenos antecedentes y con la cualidad *indispensable* de ser completamente sordo: la persona en cuya compañía ha de vivir es sordo-muda, y sería conveniente que el criado supiese hablar por señas, lo cual me ahorraría el trabajo de ejercitarle en esa mímica: lo esencial es que sea sordo como una tapia, porque para guardar la casa tengo dos perros cuyo oído es excelente.

» La segunda prueba de confianza te evitará la molestia de hacer un viaje inútil: como mis criados no oyen á los que llaman, no abren á nadie, pero legan á mi poder todas las cartas que deposita el

cartero por debajo de la puerta, y leeré con satisfacción lo que me escribas.

» Tu amigo y condiscípulo, — *Juan Claro.* »

## II.

No volví á tener noticias de mi amigo en algún tiempo: pero una tarde entró en mi despacho un hombre vestido de negro y me hizo con las manos algunos signos para mí ininteligibles. Entonces recordé que era el criado que había proporcionado á Juan según sus instrucciones. El pobre hombre gesticulaba inútilmente: yo gritaba sin éxito: sus dedos moviéndose en todas direcciones, me parecían garabatos sin idea: en cambio mis palabras se estrellaban en su tímpano de granito. Por fin, hizo un gesto expresivo, bajó la cabeza pausadamente, y abriendo ambas manos, separó los brazos, de un modo tan elocuente, que no pude menos de comprender su significación. « Paciencia: no nos entendemos », me decía el sordo-mudo en ese idioma universal sin palabras, sin reglas gramaticales, que no admite discursos ni dialectos, ni elegancias, y que tal vez hablaron los hombres en el período prehistórico y sosegado del silencio. Edad oscura en que el tribuno manoteaba en vano ante un pueblo indiferente que le volvía las espaldas sonriendo, y no pudiendo comprender lo que significaban sus desordenados movimientos se alejaba encogiéndose de hombros. Época de franqueza, en que el agraviado demostraba su

rencor enseñando á su rival el puño cerrado, y en que el seductor no usaba otros artificios que enviar besos á las bellas con las puntas de los dedos. Edad feliz en que todavía no habían nacido las buenas ni las malas palabras, ni, por consiguiente, las disputas. Ningún ser rudimentario hacía presentir la aparición entre los hombres del académico de la lengua. Era de adelanto, en que la estaca, asociándose al brazo del hombre con un fin puramente gramatical, dió á los argumentos mayor peso, y más corrección al idioma primitivo.

Todas estas reflexiones se agolparon en mi mente mientras el sordo-mudo depositaba un legajo de papel sobre mi mesa, y se despedía con una elocuente y bien medida reverencia. Rompí el sobre, la letra era de Juan, y como todo lo que con él se relacionaba excitaba mi curiosidad, lei con avidez su extraña carta.

« Querido Luis: Has sido y eres aún mi único amigo: tú tienes muchas amistades: no puedo menos de elegirte como depositario de esta confianza; pero acaso sólo tenga para ti un valor muy secundario, porque otros ocupan mejor lugar entre tus afecciones. Sin embargo, siento necesidad de rehabilitarme en tu corazón, y satisfacerte por las innumerables ofensas que de mí has recibido: escucha mis explicaciones:

» Aunque nunca dejaste de ser mi amigo, tus visitas disminuyeron; los ratos que pasábamos juntos, procurabas acortarlos, y por fin distribuiste completamente tu tiempo, sin dedicarme un cuarto de hora. Los leales desertaban: me encontré aislado y tuve miedo.

» ¿Qué hay en mí, decía, que me impide tener amigos?

» Entonces recordé que Descartes, buscando la verdad, se retiró á un lugar solitario por creer que nunca la encontraría en el trato de los hombres; y me encerré como el filósofo, aunque con pretensiones más modestas. Busqué un criado y me aislé en un edificio, cerrando sus puertas para reducir el secreto á un espacio estrecho y descubrirle fácilmente. Deseaba la soledad y no pude conseguirla. Dejé un mundo y me encontré en otro mundo animadísimo, que me entretenía y ocupaba. Nunca estuve solo cuando daba interminables paseos á lo largo de mis corredores; mi sombra, haciendo alarde de su elasticidad, giraba en torno mío, desarrollándose ó menguando: el ruido de mis pasos levantaba sin cesar ondas sonoras, que la imaginación me hacía ver ensanchándose y persiguiéndose las unas á las otras: la luz que llenaba el cuarto, la forma de los muebles, los insectos alados, huéspedes incómodos unas veces, otras alegres compañeros, que me distraían con sus bailes y zumbidos é infinitos detalles en que antes no me había fijado, producían allí tanto estruendo, tanto movimiento y tanta variedad, como en la ciudad más habitada. Esto en lo respectivo al mundo exterior; dentro de mí se habían multiplicado las ideas y los recuerdos: no tenía tiempo que dedicar al estudio de mí mismo.

» Mi criado me reveló el secreto de una manera brusca al despedirle.

» Es verdad que le he estado robando, dijo, convicto

de fraude; pero ha sido poco, como roba el mercader mermando el género y aumentando los precios suavemente; esto no es hurtar, sino comerciar: es una prima.

» ¿Y te atreves á excusarte? le dije encolerizado.

» ¡Ah, señor! contestó con mansedumbre, todo salario es poco para servir á un amo que nos humilla continuamente sin querer, y que nos hace confidentes de todos sus secretos...

» ¿Mis secretos? ¿he tenido contigo alguna confianza?

» Sin advertirlo, usted tiene la costumbre de pensar en voz alta: y le he estado sirviendo por caridad, y le he sisado sin ensañamiento, creyéndole á usted loco. Señor, oiga usted un consejo desinteresado: en adelante sólo reciba usted criados sordos.»

### III.

No pude menos de interrumpir la lectura de la carta, y reflexionar profundamente.

— En efecto, debe tener razón el criado, me dije. Cuando yo trataba á Juan, aquella sinceridad imperitante no era sino el principio de ese defecto, que la soledad ha desarrollado por lo visto. Veamos qué dice este pobre amigo.

« Aquella revelación, continuaba la carta, me hizo reconcentrarme y comprender la exactitud del hecho. ¡Pienso en alta voz! Y ese ruido constante que me acompañaba en la soledad, eran mis propios pensa-

mientos, divulgados sin advertirlo. La mujer más habladora sabe callar lo que le conviene: yo no tengo secretos para nadie, y saco á la vergüenza lo que todos ocultan con sigilo. El aislamiento ha convertido en vicio irremediable y constante lo que antes, siendo una mera propensión, ó un defecto pasajero, me impedía vivir en paz con mis amigos. Ya no puedo salir á la calle, y debo renunciar para siempre al trato de los hombres. No es posible alternar con las gentes haciendo públicas mis ambiciones entre tantos políticos al parecer desinteresados; escandalizando con pensamientos inmorales á los que sólo enseñan la parte moral y púdica de su alma; haciendo gala de todas las tonterías que discurra entre quienes eligen lo más florido de sus ideas para decir sentencias y agudezas, y declarando mis terrores ante los que saben disimular el miedo y ganan fama de valientes; no tengo valor para confesarme en público sin elegir siquiera palabras que atenúen mis debilidades.

» Ni podría vivir en sociedad, denunciando en sus barbas al hipócrita, negando su honradez al que la finge, repitiendo á cada cual las historias que de él se cuentan apenas vuelve las espaldas, revelando á los poderosos sus miserias, á las hermosas sus defectos, y á todos sus malas cualidades, sus vicios ó sus crímenes. Sucumbiría bajo los golpes de los virtuosos de cuya honradez me burlase; de los maridos á quienes dijese que me gustaban sus mujeres, y sería un perturbador peligroso de la sociedad y de la familia. Examina, querido Luis, tu conciencia,

y dí si te atreverías á publicar todo lo que piensas.

» — Tiene razón Francisco; necesito un criado sordo, dije escribiendo al encargado de la agencia.

» Aquella misma tarde se me presentó un criado de las condiciones exigidas: era un hombre de cabellos y bigote blanco, pero de aspecto vigoroso. Servicial y activo, no me hizo echar de menos á Francisco; pero tenía el defecto de la curiosidad, y buscaba compensación á su falta de oído, abusando del sentido de la vista: más de una vez le sorprendí espíandome por la rendija de una puerta.

» Convencido de mi inutilidad para el trato de las gentes, éste se me hizo entonces más apetecible. La sociedad de mi criado tenía para mí un valor extraordinario; compré loros y cotorras, con lo cual formé en mi gabinete una tertulia que, no lo digo por orgullo, podía competir con muchas de las que en otro tiempo frecuentaba. ¡Oh poder de la palabra! Confieso que llegué á guardar ciertas consideraciones á uno de los loros, por el despejo con que repetía todo cuanto pensaba yo en voz alta. Me recordaba á Nuño, aquel condiscípulo tan aplicado, que repitiendo en todas partes lo que explicaba el profesor, era la admiración de su familia y prometía ser uno de nuestros sabios más jóvenes. Excuso decir que llamé Nuño al loro.

» Sin embargo, pronto me convencí de que el trato de los loros tenía inconvenientes. Aprovechando un descuido, Nuño se escapó un día de casa, y detuvo su vuelo en la copa de un árbol de un jardín lejano. Yo le veía columpiarse en la rama, y conociendo

su indiscreción, calculaba que estaría divulgando mis pensamientos más secretos. No me atrevía á declararme propietario de aquel orador de acacia, ni me resignaba á que un pájaro, volando de jardín en jardín, dijese por todas partes lo que yo callaba encerrándome en un edificio aislado.

» Di una carabina á mi criado, y las instrucciones más enérgicas, esperando con tranquilidad el resultado.

» Pocos momentos después sonaba un tiro; Nuño caía herido de un balazo y su lengua enmudecía para siempre. ¡ Pobre Nuño! »

#### IV.

« Llegó un domingo de Carnaval, y me dije:

» — Hoy es el día en que los hombres piensan alto. Y tomando una careta y un traje de máscara, me dirigí al Prado, confundiéndome en aquel enorme grupo humano, que al recibirme, después de mi aislamiento, me aturdió como si hubiera caído en un río revuelto.

» Media hora después, cuando se hubo disipado mi mareo, oí á mi lado estas, ó frases parecidas:

» — ¡ Qué habladora es esta máscara! Se está dando broma á sí misma.

» Huí de aquellos sitios, pero las voces continuaron:

» — Está contando una historia. Dice que siente haber salido de su casa. Teme que le descubran. Nos

llama impertinentes. ¡ Qué algarabía! ¡ Qué insolencia!

» — Mascarita, contente un poco, ó van á concluir tus bromas en la cárcel, me dijo un joven, por una idea que se me ocurrió cuando pasaban á mi lado dos individuos del gobierno.

» — Eso es abusar del disfraz, exclamaron algunos que oyeron lo que pensaba de dos antiguas amigas mías que llamaban la atención por su hermosura.

» Á cada observación de las gentes apresuraba el paso y variaba de auditorio, y en cada grupo era expulsado por la indignación de los que me rodeaban. Era natural: yo no podía sujetar á mi rebelde pensamiento, ni impedir que hiciese un juicio rápido de las gentes que veía, como sucede á todo el mundo.

» Allí va fulano, jugador de ventaja. — Este caballero lleva el gabán vuelto. — Aquella joven está apretando la mano al pollo que la sigue. — Parece postiza la nariz de esa señora. — ¡ Calle! ¡ Sofía del brazo de un caballero! Buen papel hace el desdichado. — ¡ Qué necedades dicen esos jóvenes! — Esta niña va vestida de jilguero. — Ese es el amante... — ¡ Qué vieja! ¡ Parece la abuela de sí misma!

» Todos estos pensamientos, expresados ante los mismos interesados, producían escándalo en medio de los escándalos del Carnaval. Porque omito los nombres propios, y callo aquí lo más interesante.

» Hubo un momento en que la tolerancia se acabó, y mi sombrero cayó al suelo, derribado de un golpe. Quise vengar la ofensa, pero la actitud del público en contra mía me impuso y me contuvo.